

## EL EJÉRCITO INVISIBLE ESPAÑOL\*

A lo largo de un frente que se extendía desde Varsovia hasta el Adriático, las fuerzas invasoras de Napoleón encontraron, como es bien sabido, poca resistencia popular. En Ulm o Austerlitz, Jena o Friedland, la *Grande Armée* se enfrentó –y derrotó– a ejércitos realistas; los tratados de Pressburg o Tilsit no tuvieron oposición desde abajo. Las reformas legislativas y constitucionales se consolidaron en los Estados satélites gobernados por los familiares de Napoleón –su hermano Jérôme, rey de Westfalia; su hijastro Eugène de Beauharnais, virrey de Italia; sus hermanas, Elisa y Caroline, de Lucca y Nápoles– así como en la Confederación del Rin, el Gran Ducado de Varsovia y la Confederación Suiza, estrechamente vinculadas por las obligaciones de los tratados. En general las elites y poblaciones locales aceptaron, y algunas veces saludaron, al sistema imperial francés. Entre 1805 y 1812 las revueltas antinapoleónicas (por ejemplo en Nápoles, Sicilia o el Tirol) fueron en su mayor parte disturbios relativamente localizados. Solamente tras la debacle en Moscú se movilizaron en los territorios alemanes fuerzas populares significativas contra los franceses, que condujeron en 1813 a la derrota de la *Grande Armée* en Leipzig.

España proporciona, desde luego, la excepción más espectacular. Aquí las fuerzas de Napoleón, inicialmente enviadas a través del país en 1807 para guardar los puertos de Portugal frente a los ingleses, se encontraron con una insurrección organizada que les acosó incesantemente durante seis años, mientras que la «maldita guerra» consumía los recursos de la *Grande Armée*. José, hermano de Napoleón, instalado como rey de España, apenas se atrevía a abandonar su palacio. Las reformas emancipadoras anunciadas por el emperador quedaron en papel mojado. Napoleón reflexionaría más tarde: «Aunque el sistema que yo perseguía en España finalmente hubiera sido bueno para el país, sin embargo se oponía a las ideas de sus gentes, por eso fracasé». La realidad era bastante más complicada, como indica ahora una vasta bibliografía sobre la Guerra Penin-

---

\* Ronald Fraser, *Napoleon's Cursed War. Popular Resistance in the Spanish Peninsular War, 1808-1814*, Londres y Nueva York, 2008, 625 pp.

sular que incluye una plétora de libros, artículos y conferencias con motivo del bicentenario de 1808.

A pesar de ello, como sostiene Ronald Fraser en *Napoleon's Cursed War*, hasta ahora nadie había profundizado en las experiencias de la gente ordinaria mientras luchaban, sufrían y contribuían a la resistencia frente a la ocupación francesa. *Blood of Spain*, la historia oral de Fraser permanece indiscutiblemente como la única perspectiva de las complejidades de la Guerra Civil española, que recoge los recuerdos de los supervivientes. Al abordar la Guerra Peninsular, Fraser se encontró con una falta de fuentes escritas debido al grado de analfabetismo en España en ese momento, quizá hasta del 80 por 100. Por ello tuvo que unir una masa de fragmentos, desenredando complejidades sociales, políticas y económicas a partir de un impresionante despliegue de fuentes: manuscritos de archivos municipales y de la Biblioteca Nacional; archivos militares de Madrid y Segovia; manifiestos, decretos y ordenanzas; cartas privadas, diarios y cuadernos; memorias, panfletos, publicaciones de prensa, registros de asistencia y censos teatrales, así como una exhaustiva bibliografía de material primario y secundario. No resulta sorprendente que destacados investigadores en España la hayan considerado una piedra angular en la historiografía de la guerra.

Fraser comienza con una brillante investigación sobre el orden social en España en vísperas de la Guerra Peninsular, integrando en su recorrido las complejidades de las principales instituciones del país, así como las perspectivas y condiciones de vida de los diferentes estamentos sociales. Después de haber sido la potencia europea dominante durante el siglo xvi, España atravesó 150 años de decadencia; a pesar de ello, seguía siendo el imperio colonial más grande del mundo, cuyos frutos ayudaron a sostener el orden absolutista. En casa, Carlos IV gobernaba sobre un «palimpsesto de reinos, principados y provincias», en el que las solapadas jurisdicciones del feudalismo se combinaban con particularismos locales para frustrar cualquier intento de centralización. La Reforma no afectó a la Iglesia, que en palabras de Fraser era «la única institución nacional efectiva», que ejercía una considerable influencia sobre las vidas diarias del pueblo y gozaba de unos ingresos que a mediados del siglo xviii llegaban a la quinta parte del total del Producto Interior Bruto. La nobleza era la «vértebra esencial» de una sociedad gobernada por conceptos de estatus social; sin embargo, aunque los nobles dominaban el ejército, que en consecuencia estaba plagado de aristocráticos oficiales, estaban mayoritariamente excluidos de las funciones del Estado y en vez de ello su preeminencia descansaba en la posesión de la tierra y las ganancias feudales del *señorío*.

Dirigiendo su atención hacia la plebe, Fraser señala el crecimiento de la clase de los comerciantes mayoristas en Madrid y en las regiones costeras. Aunque no alcanzaban la cifra de sus homólogos en Gran Bretaña o Francia estaban a favor de conservar el orden absolutista, en vez de de-

safiarlo, ya que se beneficiaban espléndidamente del monopolio español sobre el comercio con sus posesiones del Nuevo Mundo. Por el contrario, la existencia de la población rural trabajadora y de los estamentos urbanos más bajos era dura y precaria. Las postrimerías del siglo XVIII habían traído estallidos de enfermedades y crisis de subsistencia; la expectativa media de vida se encontraba por debajo de los 27 años. La vida en los pueblos estaba marcada por el miedo a la pérdida de las cosechas y al hambre, así como por un proceso de proletarianización que expulsaba a miles de personas de las tierras: de acuerdo con Fraser, «a principios del siglo XIX poco menos de la mitad de la población trabajadora del campo, cercana a 1.700.000 personas, eran trabajadores sin tierra». Muchos de ellos inundaron las ciudades donde la pobreza se extendía, las condiciones eran insalubres y las oportunidades de empleo estaban fieramente controladas por un artesanado socialmente estigmatizado.

En el relato de Fraser, el carácter del *ancien régime* condicionó «profunda e inevitablemente» la guerra que iba a sacudir sus propios fundamentos, antes de finalizar en la restauración absolutista de 1814. Sus orígenes son complejos. España se había unido a la movilización realista contra la Revolución francesa en 1793, pero después de que esta finalizara sin éxito en 1795 se alió con el Directorio francés en contra de Gran Bretaña. Aunque la década de guerra intermitente que se produjo a continuación se demostró financieramente ruinosa para España, los intentos de abandonar la refriega trajeron las exigencias de París de una subvención igualmente onerosa. En 1805, después de la derrota naval española en Trafalgar, Napoleón trató de poner freno al poderío marítimo británico por medio de un bloqueo continental; para su pleno cumplimiento es para lo que se envió a la *Grande Armée* para apoderarse en 1807 de los puertos portugueses. El gobierno español había acordado permitir el paso por el país de un contingente napoleónico de 25.000 hombres; no obstante, esta fuerza inicial fue seguida por otros 100.000 soldados que permanecieron en territorio español, apoderándose de los puertos de Barcelona y San Sebastián y tomando el control de diversas fortalezas clave «sin el permiso del gobierno o un conocimiento cierto de los objetivos militares [de Napoleón]».

Sin embargo, los franceses no fueron recibidos inmediatamente como ocupantes. Lo que cambió la cuestión fueron las maniobras de Napoleón para expulsar a los borbones del trono español. En el centro de los acontecimientos, y actuando como pararrayos del descontento popular, estaba la figura de Manuel Godoy, primer ministro español desde 1792, favorito real (y supuesto amante de la reina). Detestado universalmente no sólo por su inmerecida promoción y laxitud moral, sino también por los sufrimientos causados al país por su diplomacia, Godoy fue destituido en un golpe palaciego nocturno en Aranjuez en marzo de 1808. La repugnancia popular frente a su estancia en el cargo era tan fuerte que el rey que le había encumbrado, Carlos IV, fue obligado a abdicar en favor de su hijo, Fernando VII. Seis meses antes, Fernando —descrito por su propia madre como «malicioso y cobarde»— había conspirado para expulsar a Godoy, es-

cribiendo una adulatora carta a Napoleón para obtener el apoyo del emperador. La conspiración fracasó, pero una vez que Fernando fue ungido rey buscó de nuevo el reconocimiento de Bonaparte. Sin embargo, las intrigas de los meses precedentes «habían decidido definitivamente a Napoleón a librarse de los borbones». En abril, atrajo primero a Fernando y después a toda la familia real española para que cruzaran la frontera hasta Bayona y en dos semanas había forzado su abdicación en favor de su hermano José. La familia real pasó los años de la guerra en la residencia de Talleyrand en Valençay, inclinándose ante Napoleón mientras España resistía heroicamente en su nombre.

Ya se habían producido estallidos de cólera popular contra los franceses, el más notable fue la rebelión en Madrid del 2-3 de mayo. Reprimida por el comandante francés Murat, la insurrección fue seguida por fieras represalias por parte de los ocupantes. Sin embargo, las noticias de la expulsión de los borbones del trono se extendieron rápidamente y en tres semanas se habían producido una serie de levantamientos en provincias que encendieron la resistencia. En el vacío dejado por la abdicación de Fernando, se establecieron las *juntas* rebeldes en una sucesión de ciudades. Al final había unas veintinueve de ellas esparcidas por todo el país, quizá la respuesta política más original e inusual a la guerra. Fraser las analiza con algún detalle, señalando su composición social: autoridades municipales, clérigos locales y militares tendían a ser los mejor representados; las clases trabajadoras y los comerciantes apenas figuraban. Ellas marcaron una decidida ruptura con el viejo orden. Fraser observa que «España estaba de nuevo dividida en sus reinos y regiones constituyentes, cada uno de ellos autónomo y soberano». Sin embargo, en septiembre de 1808 estos órganos regionales habían quedado subordinados a una Junta Suprema, designada para coordinar la resistencia a escala nacional. Décadas más tarde Francisco Pi y Margall, discípulo de Proudhon e inspirador de la Primera República española de 1873, se sentiría impresionado por las *juntas*, sosteniendo que durante la guerra España había sido prácticamente una república federal y pedía el restablecimiento de las provincias históricas sobre líneas similares. Se podría decir que, en este aspecto, Pi y Margall fue profético ya que las actuales comunidades autónomas –establecidas como reacción frente al Estado centralista de Franco– coinciden estrechamente con esas provincias.

*Napoleon's Cursed War* proporciona un relato en gran parte cronológico de la guerra «desde abajo», centrándose en su mayor parte en sus dos primeros años. En palabras de Fraser, este fue su periodo «más atormentado», abarcando la propagación de la resistencia y la devastadora respuesta de Napoleón: el despliegue de 250.000 soldados que a su vez fueron constantemente acosados por un «ejército invisible» de guerrillas. Fraser derriba un cierto número de mitos que, en el transcurso del siglo XIX, se convirtieron en parte de la imagen histórica de la resistencia popular: la figura de la guerrilla rural como su símbolo más destacado. Aunque es cierto que la participación de la población rural fue la que transformó la

lucha en una «insurrección nacional», una gran parte de la resistencia estaba basada en las ciudades, como más llamativamente indicaba el levantamiento en Madrid del 2 de mayo.

El aspecto urbano de la guerra se refleja en el número de asedios, que en comparación con otras campañas napoleónicas convierten la experiencia española en única. Los más famosos fueron los dos espantosos asedios de Zaragoza, una ciudad clave en la línea de comunicación francesa hacia el este, durante el verano de 1808 y el invierno de 1808-1809. Los apasionantes relatos de Fraser los describen con todo lujo de detalles, siguen detenidamente el desarrollo de las batallas y evocan con viveza la atmósfera dentro de las murallas de la ciudad. En la víspera del primer asedio, la lacónica exigencia de los franceses acampados en el exterior, «rendición», recibió una decidida réplica: «Acero frío y guerra». La artillería francesa desató la destrucción sobre la ciudad. Leemos sobre la destrucción del hospital: los pacientes corrían, renqueando o quedaban anonadados por las calles con sus ropas de dormir, con sus vendajes, muletas y miembros entablillados [...]. Para añadir horror, varios locos se escaparon y corrían gritando, cantando y riendo salvajemente en medio de los cuerpos. «El infierno abrió sus puertas ese día», escribió un testigo presencial. Fraser relata a continuación cómo, después de que se hubieran abierto brechas en la muralla, la lucha «se convirtió en un combate casa por casa, con los franceses ocupando un piso y los defensores el siguiente; las escaleras tuvieron que ser tomadas al asalto una por una teniendo que derribar paredes medianeras para poder avanzar». La resistencia de Zaragoza se mantuvo firme, pero cuatro meses después los franceses regresaron. Esta vez el bombardeo fue todavía más severo; «solamente en una semana de enero cayeron sobre la ciudad seis mil bombas y granadas», y la lucha dentro de la ciudad fue «incluso más larga y encarnizada que durante el primer asedio». Rugió no sólo en las calles, sino en «los túneles subterráneos, en las casas y en las azoteas». La comida escaseó, el tifus y el hambre diezmaron hasta tal punto a los habitantes de la ciudad que, cuando en enero de 1809 la ciudad se rindió, «se dijo que había 6.000 cuerpos en la calle esperando sepultura» y que «el aire infectado era sofocante mientras que un humo denso cubría el cielo».

En el relato de Fraser destacan los casos de heroísmo por parte de civiles. Por ejemplo, el del «carpintero de setenta y seis años que, armado solamente con un cuchillo, atacó a dos soldados franceses que estaban saqueando una casa después de asesinar a sus moradores; mató a uno y apropiándose de su mosquete cogió prisionero al otro». Otro episodio célebre tuvo por protagonista a Agustina Zaragoza, que después de que hubieran muerto los artilleros —incluyendo su marido— disparó un cañón sobre el avance de los franceses. Ella ilustra el papel único y extraordinario desempeñado por las mujeres españolas a lo largo de la guerra, que durante el periodo napoleónico encuentra pocos paralelismos en otras partes. También es perceptible cómo se involucraron las mujeres en la industria, especialmente en las fábricas textiles de los alrededores de Barcelona, a la que se llamaba el Manches-

ter de España, donde a principios del siglo XVIII había echado raíces un protoindustrialismo. Aquí el carácter de la resistencia estuvo significativamente modulado por las particularidades locales, una de ellas la existencia previa de las milicias de autodefensa catalanas, los *somatents*, que proporcionaron una sólida base para la guerra de guerrillas. También específico del caso catalán fue el hecho de que los franceses habían ocupado la ciudad más grande, Barcelona; como resultado, aquí la insurrección estuvo desde el principio «más dispersada territorialmente que en otras partes».

De acuerdo con Fraser, la guerra en Cataluña fue «más larga, más implacable y más costosa en vidas y propiedades que en cualquier otra parte de España». Es de señalar que en la región hubo cuatro asedios, incluyendo el de Gerona que en 1809 se prolongó durante siete meses, el asedio más largo después del de Cádiz que duró dos años y medio. La terrible experiencia de esta última ciudad empezó el verano de 1810, cuando por razones prácticas el puerto atlántico adquirió una importancia capital. Para entonces, la Junta Suprema se había disuelto: había sido evacuada desde Madrid a Sevilla en diciembre de 1808, y a comienzos de 1810 huyó ante el avance francés en Andalucía, entregando el poder a una regencia. Sin embargo, en septiembre la presión sobre los regentes —principalmente de las colonias del Nuevo Mundo— forzó la convocatoria de las Cortes, un órgano medieval pocas veces convocado, en el que originalmente sólo estaban representados la Iglesia y los nobles. Ahora, en medio de la ocupación, unos 233 diputados pertenecientes a una muestra representativa de la sociedad española —exceptuando a los estamentos inferiores— se reunieron en Cádiz en una Asamblea Constituyente. Ésta se convirtió en el escenario de un debate inacabable, a menudo de facciones, sobre lo que sería la Constitución de 1812 que, pese a sus defectos —y eran muchos—, se convirtió en un modelo para Constituciones posteriores en Portugal y Grecia; incluso se ha llegado a decir que también para los decembristas rusos de 1825. Mientras tanto, los intentos franceses por someter a Cádiz mediante el hambre fracasaron por la geografía de la ciudad: situada en un istmo que era «virtualmente inexpugnable por tierra», como señala Fraser, siempre podía recibir provisiones por mar y finalmente el bloqueo se levantó en agosto de 1812.

Otros asedios significativos incluyen los de Badajoz, Burgos y San Sebastián; estas ciudades fueron cercadas por los británicos que habían desembarcado en Portugal en 1808 y que, después de haberse hecho con el control de sus costas en 1809 y de haber roto el bloqueo continental de Napoleón, permanecieron al otro lado de la frontera hasta 1812. El asalto de Badajoz en abril alcanzó una triste fama debido al caos y al saqueo realizado en la ciudad tomada. Fraser señala que «para la embriagada soldadesca daba igual que estuvieran asesinando, saqueando y violando a sus aliados españoles; incluso peor fue el que Wellington no tomara ninguna medida seria para evitar lo que, de hecho, se convirtió en la noche más horrorosa de la guerra británica en la Península». Los horrores de esa noche han quedado tan profundamente arraigados que, cuando recientemente los Fusileros Reales solicitaron levantar un monumento conmemorativo, su solicitud fue recha-

zada. El sitio de Burgos en otoño del mismo año fue un fracaso completo, en parte debido al error de cálculo de Wellington y a la falta de una artillería adecuada; se vio obligado a retirarse a Portugal en una desbandada durante la cual la disciplina colapsó y muchos soldados desertaron. (¿Hubo algún soldado británico que se uniera a las guerrillas, como muchos desertores españoles y franceses hicieron en otras ocasiones?) A finales del verano de 1813, los británicos sitiaron San Sebastián, que también fue saqueada; una vez más, las víctimas fueron españolas.

El mutuo antagonismo entre supuestos aliados es un tema que se repite a lo largo del libro. Durante seis años sin interrupción los españoles tuvieron que resistir a la ocupación francesa y gran parte de ese tiempo sin ayuda de su aliado británico, durante siglos el tradicional enemigo de España. Las motivaciones británicas eran generalmente sospechosas, especialmente cuando las colonias españolas en América empezaron a rebelarse, ya que los comerciantes londinenses eran los principales beneficiarios de la consiguiente apertura del comercio; durante el siglo siguiente Gran Bretaña iba a dominar el mercado americano de España. Las tropas de la potencia protestante mostraron poco respeto por las sensibilidades católicas, saqueando iglesias y violando monjas; y Wellington tenía poca estima por el ejército español y sus generales (aunque en sus análisis de los últimos años de la guerra Charles Esdaile ha tratado de rectificar la mala prensa que ha tenido). Por su parte, el común de los españoles estarían desconcertados sobre las razones que en varias ocasiones llevaron a Wellington a retirarse a las inexpugnables defensas de Torres Vedras, al norte de Lisboa. Portugal es marginal para las principales preocupaciones de Fraser, pero Wellington no hubiera tenido nada que hacer sin las tropas portuguesas que, bajo la dirección de William Beresford, se habían transformado en una eficaz fuerza de combate.

Al contrario de la desconfianza hacia el ejército británico, las actitudes españolas hacia la armada eran muy diferentes. La propia opinión de Wellington estaba clara: «Si cualquiera quiere conocer la historia de esta guerra, yo se la contaré: es la de nuestra superioridad marítima». Sin la armada, la familia real y la corte portuguesa no podrían haber sido evacuados a Brasil cuando en 1807 el ejército francés se encontraba a las puertas de Lisboa. También fue la armada la que evitó que los franceses se apoderaran de Cádiz, y la toma de Santander fue decisiva para expulsar a las fuerzas ocupantes de la costa norte, lo que facilitó los suministros al ejército. Las operaciones a lo largo de la costa este tuvieron menos éxito, fracasando al intentar romper el control francés de Barcelona. La flota británica desempeñó un papel clave para suministrar a las guerrillas masivas remesas de armas y municiones, así como para desembarcar combatientes a lo largo de la costa, para finalmente hacer posible en el otoño de 1813 la invasión del suroeste de Francia a través de Navarra. Más prosaica, pero no menos importante, fue la contribución que realizó en el transporte no sólo de material y tropas desde Inglaterra, sino también de oro: el dinero en efectivo era necesario si el ejército no vivía a expensas del

país ocupado como hacían los franceses; había que pagar los salarios de los soldados y se facilitaron fondos a muchas juntas. La armada también trasladó soldados para combatir en Estados Unidos en la guerra de 1812, regresando con trigo en ese año de hambre.

Napoleón mostró muy poco entendimiento de España. De todos sus errores, posiblemente el mayor fue el que sus ejércitos tuvieran que vivir a expensas del país ocupado. Nada ofendió más a la población rural, que pronto se convirtió en un buen terreno de reclutamiento para las guerrillas. En 1823, cuando los grandilocuente bautizados Cien mil hijos de San Luis fueron enviados por Luis XVIII para apoyar a Fernando, los franceses habían aprendido la lección, y pagando por sus suministros pudieron deambular por el sureste español sin que apenas se disparara un tiro. Otro error fatal fue nombrar generales sin coordinar su mando, con el resultado de que estaban constantemente en desacuerdo. Tampoco supo apreciar el desafío de las guerrillas. En su momento de máxima actividad en 1811-1812, había 300 formaciones guerrilleras que sumaban 55.000 hombres, un número casi tan grande como el del ejército regular. Fraser dedica un capítulo a su composición y a sus logros en la batalla: donde hay datos sobre orígenes y ocupaciones muestran que en la mayoría de las ocasiones estaban formadas por plebeyos. Fraser enumera algunos ejemplos destacados con sus *noms de guerre*:

Trabajadores del campo y pequeños granjeros como Juan Martín «el Empecinado» en Castilla la Nueva; [Francisco] Espoz y Mina en Navarra y Julián Sánchez «el Charro» en Salamanca; el pastor de dieciocho años Gaspar de Jáuregui «el Pastor», en el País Vasco, y el párroco rural Jerónimo Merino en Castilla la Vieja junto al maestro herrero de Burgos, Francisco Longo en Cantabria.

Estas formaciones, a menudo ataviadas con sus ropas de aldeanos, con gorros militares y uniformes imperiales como trofeos infligieron importantes bajas a los franceses: las divisiones de Espoz y Mina se calcula que mataron a 16.745 soldados entre 1810 y el final de la guerra, a una media de 9,2 diarios. En el valle del Ebro en 1811-1812, la media alcanzó 35 diarios. En 1812 algunos de los generales de Napoleón –especialmente el mariscal Suchet– le habían convencido de que ahora las guerrillas eran la mayor amenaza, y ya que el emperador estaba tan centrado en Rusia, el ejército del Ebro se formó bajo las órdenes del general Reille, un veterano de la contrainsurgencia. Por una vez, los generales a los que se les ordenó ayudar lo hicieron, creando así el mayor cuerpo del ejército durante la guerra. Pero para entonces, la naturaleza de los grupos guerrilleros había cambiado y algunos se habían institucionalizado como claros regimientos, el más destacado, el de Espoz y Mina en Navarra.

El emperador tampoco supo tomarse en serio a Wellington, refiriéndose a él desdeñosamente como un «general cipayo» por su experiencia en India. Nunca pareció darse cuenta de que Wellington, reconociendo los servicios de inteligencia como la clave de la victoria militar –y especialmente gra-



cias a Georges Scovell (a quien Fraser no menciona), un brillante descubridor que fue capaz de proporcionar un constante flujo de información vital-, estaba trabajando con las guerrillas. Además, ni Napoleón ni su hermano José aprendieron nada de la experiencia de éste último en Nápoles, de donde había sido rey desde 1806 a 1808. No puede haber una ironía mayor que el hecho de que su posterior experiencia en España ya quedara anunciada durante su reinado napolitano: en primer lugar, por la potencia de fuego y eficacia de la armada inglesa que, en cuestión de minutos, había derrotado aplastantemente a una fuerza francesa de 6.000 hombres en la batalla de Maida en 1806. En segundo lugar, porque después de la retirada británica hacia Sicilia, por toda Calabria 40.000 soldados franceses fueron atenazados por una monumental resistencia guerrillera que fue despiadadamente reprimida por el mariscal Masséna.

Napoleón lamentó amargamente haber nombrado rey a José, y constantemente interfería con él; al margen de su deseo de demostrar independencia de París, constantemente se ponía en duda la habilidad y la autoridad de José, especialmente entre los generales que objetaban que no valoraba la gloria militar. Cuando finalmente José tomó el mando de un ejército en la batalla de Vitoria en 1813, fue un desastre y huyó a Francia para no regresar jamás, y probablemente, para no oír nunca la interpretación de la sinfonía «La batalla de Vitoria» de Beethoven que celebraba la derrota final francesa en suelo español. De toda la prole napoleónica, José era el más atractivo. Con las palabras con las que acaba Fraser, «se podía decir que era uno de los protagonistas realmente honorables, aunque inútil, de esta larga, a menudo salvaje y finalmente, para ambos bandos, maldita guerra».

El libro finaliza con un toque pesimista, como muestra el título de su capítulo final, «Victoria militar y derrota política». Finalmente, España había luchado contra Napoleón solamente para restaurar a un monarca absolutista. En marzo de 1814, Fernando regresó en medio de la aclamación universal, incluso en Zaragoza, y anuló la Constitución de 1812; a continuación vinieron «seis años de feroz represión reaccionaria» en los que «se restauró la Inquisición, se abolió la libertad de prensa, se restablecieron los consejos de Estados anteriores a la guerra y el gobierno municipal quedó de nuevo en manos de viejas oligarquías». Durante el transcurso del siglo XIX, España se convirtió de muchas maneras en el país más militarizado de Europa, donde los ejércitos avanzaban y retrocedían por las provincias centrales en las Guerras carlistas, batallas por la sucesión al trono que se prolongaron desde la década de 1830 a la de 1870. La imagen exterior de España también cambió, a medida que el romanticismo adquiría fuerza, con escritores como Mérimée, Gautier, Borrow, Washington Irving y otros que consideraban a España como un paraíso preindustrial.

¿Qué decir de los efectos de la Guerra Peninsular sobre las campañas de Napoleón en otros lugares, especialmente de la retirada de tropas francesas para luchar en otros frentes? Esdaile ha sostenido que la Guerra Peninsular fue siempre secundaria para el emperador mientras que era funda-

mental tanto para España como para Portugal. Por otra parte, para David A. Bell, autor de *The First Total War* (2007), España fue la «famosa úlcera que carcomió los órganos vitales del Imperio, incluso antes de que sus extremidades sucumbieran en el hielo ruso», aunque atribuye el mérito final de la derrota de Napoleón no a las guerrillas sino a los británicos. Cualquiera que sea el veredicto sobre el significado de la guerra para el mandato de Napoleón, no puede haber discusión de su centralidad para la península Ibérica, ya que España, y en menor grado Portugal, perdieron gran parte de sus imperios en el periodo posterior. Para España estas pérdidas fueron drásticas: todas sus colonias excepto Cuba, Puerto Rico y Filipinas obtuvieron la independencia. La primera de ellas se convirtió para España en un El Dorado, gracias a la revolución del azúcar y a la esclavitud, que se prolongó hasta 1885. La riqueza cubana estimuló un flujo de emigrantes desde la metrópoli, hasta el punto de que apenas había una familia española que no tuviera un familiar en la isla. España se convirtió en gran medida en una sociedad que vivía de los envíos de dinero del exterior, de aquí el inicial, aunque poco duradero, entusiasmo con que se saludó en 1898 el estallido de la guerra contra Estados Unidos.

Nadie que desee entender la Guerra Peninsular en sus muy diversos aspectos puede permitirse ignorar este libro. Es una obra densa, pero su estructura incluye numerosos interludios explicativos que suponen no sólo un poco de humor sino que son poco corrientes y muy reveladores. Está el caso de un monje benedictino escocés, reclutado como agente británico para repatriar al general Romana y a 9.000 soldados españoles abandonados en Dinamarca; o el de un ex fraile convertido en agente de Napoleón, que más tarde adquiriría notoriedad con una novela anticlerical centrada en los lascivos planes de un arzobispo sobre una inocente niña. Otros episodios incluyen historias familiares y folclore popular, así como un análisis equilibrado del significado de Goya. Después de señalar que Goya pasó la mayor parte de la guerra en el Madrid bonapartista, Fraser observa que sus famosos grabados, *Desastres de la Guerra*, no eran, como normalmente se supone, documentos sobre acontecimientos que él había presenciado, a pesar de la anotación en muchas de las planchas: «Esto lo he visto yo». El artista era «profundamente ambivalente respecto a la guerra, sus objetivos y sus medios»: estaba horrorizado por la «crueldad de los supuestamente “civilizados” franceses», mientras que por otra parte, la defensa de la religión que realizaban los “patriotas” no le llevaban a enamorarse de su causa». También estaba alarmado por el espectro de una revuelta popular. Muchos de los grabados representan aldeanos armados envueltos en actos brutales contra las tropas francesas. En uno de ellos, «una pila de cuerpos parcialmente desnudos, posiblemente soldados franceses por los pantalones largos que algunos conservan», se acompaña de la leyenda «Para esto nacisteis». Fraser prosigue: «Encima de los muertos un aldeano desarmado se tambalea, echando sangre a borbotones por su boca abierta, los brazos extendidos en un gesto típico en un Goya, a punto de caer sobre los cuerpos y de unirse a ellos». Las imágenes, que recuerdan a las del grabador francés Jacques Callot en 1633, «Miserias de la gue-

rra», representando ahorcamientos y violaciones en la Guerra de los Treinta Años, finalmente fueron publicados póstumamente en 1863.

En todo el detallado análisis político y económico y en los interludios que constituyen el grueso del libro, uno nunca escapa de las realidades de la guerra y de sus catastróficos costes, tanto en dinero como en miseria. Las enfermedades como la malaria, la fiebre amarilla y el tifus fueron endémicas; el hambre asolaba todo el país, como lo hacían los violentos cambios climatológicos (podrían parecer algo exclusivo de España). Pero los sentimientos dominantes son de miedo y odio: miedo a todos los ejércitos –franceses, británicos y españoles– y a las partidas de bandoleros y a la rapacidad de las guerrillas; y odio popular hacia las fuerzas de ocupación extranjeras que viven a expensas del país, destruyen pueblos e iglesias y toman parte en matanzas gratuitas.

En un epílogo demasiado breve, Fraser se refiere a más de 1.000 exiliados españoles viviendo en Londres. En este aspecto hay que mencionar el exhaustivo libro de Manuel Moreno Alonso, *La forja del liberalismo en España. Los amigos españoles de Lord Holland, 1793-1840* (1997), basado en siete años de investigación en el Reino Unido. Hay dos personajes en concreto que son relevantes en la exposición de Fraser. El primero es José Blanco White, un sacerdote sevillano que huyó a Inglaterra en 1810 donde permaneció hasta su muerte en 1841, y que se unió finalmente en Liverpool a la Iglesia Unitaria que allí estaba a la vanguardia de la reforma social. Continuó siendo crítico con España como entidad política, «miserablemente oprimida como estaba por el gobierno y la Iglesia», y en una carta de 1835 a Lord Holland protestaba diciendo que el país «hubiera progresado con José Bonaparte, pero tiene asegurado el hundirse cada vez más bajo la presión de los incorregibles y odiosos Borbones». Otro personaje más sorprendente que aparece en la investigación de Moreno es Espoz y Mina, el más importante de los dirigentes guerrilleros, que entabló una larga correspondencia con Holland, solicitando su ayuda para desarrollar su propia carrera como político liberal en España en la década de 1830.

Otro punto que Fraser quizá podía haber abordado es el hecho curioso de que las guerrillas apenas aparecieron en España durante la Guerra Civil. En *Blood of Spain*, Fraser muestra que el concepto de guerra de guerrillas estaba desacreditado frente a la necesidad de formar un ejército regular; uno también sospecha que los comunistas no confiaban en la libertad de acción que tanto valoraban las guerrillas. Irónicamente, fue el cubano Alberto Bayo quien, después de conducir la expedición republicana a Mallorca en 1936, fracasó al no convencer a nadie de que se tomaran en serio la guerra de guerrillas. Desilusionado, se marchó a México donde entrenaría a los seguidores de Fidel Castro, quienes hicieron mejor uso de estas técnicas para el derrocamiento de Batista.

Al discutir cómo se utilizaron con fines políticos los mitos sobre la «Guerra de la Independencia» española, Fraser sostiene que los liberales del si-

glo XIX habían tratado de crear una nación moderna alrededor de la idea de unidad nacional basada en la «gloriosa épica» de la guerra. Contraponen esto con el propósito más siniestro detrás de la constante invocación, en los prolegómenos principios del régimen franquista, a la resistencia popular contra un agresor extranjero –materializado en el comunismo y la conspiración judeo-masónica internacional– y en defensa de los «valores eternos» de España: la religión, la patria y la autoridad natural del propio dictador. Esta última idea representó un regreso a la figura del monarca absoluto. Realmente para Fraser la Guerra Civil proporcionó la prueba de que «el absolutismo en una forma autoritaria-clerical moderna permanecía vivo en los resortes de la sociedad española».

También acontecimientos fortuitos iban a tener para España consecuencias de largo alcance. Francisco Franco había planeado seguir a su padre en lo que probablemente hubiera sido una inocua carrera en la armada; en vez de ello, por razones financieras se unió al ejército, y después de una brillante carrera en Marruecos fue nombrado director de la Academia Militar, situada paradójicamente en Zaragoza. Aunque su presencia allí fue breve –Azaña, el primer jefe de gobierno de la Segunda República la clausuró en 1931 por ser un nido de militarismo reaccionario– es una coincidencia curiosa que Franco hubiera estado allí, en una ciudad donde Fernando el Deseado había sido delirantemente bienvenido a su regreso a España. La rueda realmente había dado una vuelta completa.